

## Rosario en su “Nocturno”

Rosario de la Peña fué una dama admirada y querida por los poetas post-románticos de México. Manuel Acuña sintió por ella una pasión que según se dice fué la que lo llevó al suicidio. Versos y prosas le dedicaron los escritores de fines del siglo xix, a esta Rosario que tuvo su corte de amor, como en el buen tiempo pasado: Ignacio Ramírez (*El Nigromante*), Manuel M. Flores, José Martí, Justo Sierra dedicaron, a esta flor del romanticismo mexicano, versos que figuran en *El Album de Rosario*, que está a punto de aparecer, al cuidado del historiador don José Castillo y Piña, y sobre el cual Rafael Heliodoro Valle ha escrito estas líneas que evocan toda una época.

**O**TRA vez sonríe Rosario de la Peña, la novia más popular de América, la del nombre hallado entre las rosas, brillante sobre lágrimas. Nadie ha podido identificar al caballero cuya imagen atormentó a Sor Juana Inés de la Cruz en su ámbito de alondra; pero el pulso de la fiebre amorosa de Manuel María Flores lo sentimos con sólo releer “Pasionarias”; y a Manuel Acuña, el del “Nocturno”, le seguimos viendo en su capilla ardiente, sin la barba nazarena de José Asunción Silva, pero con los labios quemados por el veneno y el rencor.

Jamás mujer alguna se vió tan ceñida por el amor de los poetas. Acaso les sedujo con su sonrisa, su conversación, el resplandor que

la circuía; porque era esbelta en la ancianidad, con la sobria distinción de las mujeres que han sido coronadas idealmente por los besos insignes. Es una criatura de sol y de nostalgia que nunca entra en el olvido, que sigue iluminando con sus ojos suavísimos la impura realidad humana, y se ha dejado amar hasta más allá de la muerte. Aún se asoma al balcón de madreselvas de la poesía romántica, habla un idioma de paraíso perdido y con su sola presencia nos dice que la más pura expresión del hombre es el poeta.

Su nombre sigue atado a la tragedia de Manuel Acuña, el joven terrible que la amó con locura. Sin el corazón deshecho entre sus manos como Sor Juana, pálida y dulce como María, hecha de lirios como la Stella de Rubén, graciosa como Clorinda Matto de Turner, reunió todas las excelencias de la feminidad, y ¿por qué fué tan seductora? De seguro que tenía esa luz que irradian las estrellas y que sigue brillando aunque hayan muerto.

Su primer novio, en vísperas de bodas, murió en un duelo; Acuña, que la enamoraba con delirio, se evadió por la puerta falsa; Manuel María Flores, que era su ídolo imposible, poco antes de morir quedó paralítico y ciego. Era una de esas mujeres luminosas que han nacido para que en torno de ellas giren los hombres de luz. Estaba en la primavera total cuando Ignacio Ramírez le escribió en su álbum unos versos nigrománticos; y acaso fué entonces, en la residencia de la calle de Donceles, cuando se inició aquella tertulia en que se congregaba todo el Parnaso Mexicano: Ramírez, Prieto, Altamirano, Martí, Peza, el peruano Amézaga y más tarde llegarían —abejas rezagadas— Othón y Urbina.

Ven a la gruta en que el placer anida,  
el viejo bosque temblará de amores,  
suspirarán de amor todas las brisas  
y morirán de amor todas las flores.

Rosario había nacido en el año más cruel de México. Su casa natal fué conmovida por el largo terremoto que terminó en el Cerro de las Campanas una mañana en que ardían en el cielo todos los ópalos de Querétaro. Frente a la calle de Donceles, que desde los años mozos de la Nueva España tienen sonoro historial, los curiosos se asomaban a ver las procesiones de los santos que iban en andas de plata florida y las gentes que se precipitaron a ver la entrada victoriosa de Miramón o la de Juárez.

Ay Dios, ay Dios, ¿qué haremos?  
nos van a bombardear  
Miramón por tierra  
y Papachín por mar.

Y un día entró a caballo —¡Viva la República!— el señor general Porfirio Díaz, mientras a pocos pasos de esa calle el general Santiago Vidaurri era fusilado al són jacarandoso de “Los cangrejos”. Rosario de la Peña sentía en el corazón la casta luz del valle mexicano, cuando vió entrar a su salón, abriéndolo al conjuro del verso, uno de los hombres más amorosos que, a pesar del rostro sombrío, atesoraba infinita miel interior: “El Nigromante”. En aquel tiempo el mejor regalo para una mujer de alma exquisita era un álbum con palabras preciosas o un ramo de rosas encendidas. Ignacio Ramírez escogió para ella lo primero y se lo ofreció como si le entregara un santuario; y poco después de él, entró al sagrado recinto de aquella mansión la pléyade alada en que la figura más visible era la de un joven de cabellera triunfal que parecía la imagen del amor sin esperanza: Manuel Acuña. Cortejó a Rosario, le entregó poemas caídos de las nubes, desnudó ante la impávida musa su corazón ateo, y Ramírez y él, en un certamen silencioso, le dirigían cartas de amor en verso: Ramírez, viudo y abrumado de obligaciones hogareñas; Acuña, herido mortalmente por la espada del canto.

Tú eres mi fe, mi religión postrera;  
y como tuyo soy mientras que viva,  
tuyo seré también cuando me muera.

Un día le ofreció Manuel la inmortalidad fácil: “¡Apuremos una copa de veneno!” Otro día: “Pues bien, yo necesito decirte que te adoro...” Se había desbordado la copa del dolor amoroso. Era el postrero adiós. Rosario admiraba a sus dos aduladores, pero su catolicidad no le permitía corresponder al “Nigromante”, el autor de

Madre Naturaleza, ya no hay flores  
por do mi paso vacilante avanza;  
nacé sin esperanza ni temores;  
vuelvo a ti sin temores ni esperanza.

Ni podía ser la novia del estudiante que se ufanaba de sus malas compañías y que hizo profesión de fe en el poema “Ante un cadáver”. Ella amaba con pasión a Flores; pero le veía rodeado —a pesar

de su apellido— de espinas numerosas, cuyos nombres aparecen fielmente consignados en los apuntes autobiográficos que Rosario supo guardar entre sus papeles queridos.

La poesía romántica tuvo en la América del siglo pasado varios poetas suicidas como Espronceda, Acuña y el hondureño Molina Vigil, entre otros. Era también la dueña omnímoda del Imperio de la Luna, los abanicos de plumas, la sombra de los cipreses sobre los mármoles helados, las hojas secas, los adioses.

Te vas y ya me dejas,  
¡paloma, adiós, adiós!

Era el tiempo de los vales azules, “los ángeles sin nombre”, la barca de oro “que ha de conducirme”, el puerto suspirado. La luz eléctrica no aparecía ahuyentando fantasmas. En los bailes de la gran sociedad, las niñas danzaban levemente ceñidas, conteniendo la respiración, frente a los espejos murales, entre lentos rigodones; y los padres abrían investigación minuciosa sobre los milagros, los amigos, los gustos y los antecedentes de quien había pedido, a través de respetables intermediarios, la mano de las señoritas en flor. Guillermo Prieto seguía estremeciéndose con sus romances vehementes, y a pesar de las leyes de Reforma, de la expulsión de las Hermanas de la Caridad, y de la cátedra de Positivismo que daba don Gabino Barrera en la Escuela Nacional Preparatoria, las familias de los liberales se conmovían al temblar en el aire morado las campanas... Ya no había plagarios en los caminos, porque los habían fusilado. Los turistas estaban lejanos, distantes, remotos, y el domingo los señores se deslizaban en landó hacia Chapultepec, mientras los niños y las niñeras acudían a gozar del sol en la Alameda. Los solterones ricachos suspiraban por los tiempos en que, entre sorbo y sorbo de chocolate, leían golosamente los editoriales con que don Francisco Zarco se adueñaba de toda la primera plana. Y en la casa solariega de Rosario, el Ministro de Hacienda liberal se presentó a entregar la imagen de la Virgen de Guadalupe que habían arrebatado al convento de Capuchinas. Por aquellos días las muchachas buscaban siempre su nombre en las crónicas elegantes de un poeta que llevaba siempre una gardenia en el ojal y que era famoso por su pseudónimo “El Duque Job”.

El tiempo siguió arrasando los jardines. Callaron todas las voces que habían cantado a la musa en su palacio de la aurora. Pero de

repente, fantasma diurno, apareció una viejecilla de mirar dulcísimo, airoso aún el andar, vestida de luto como estrella en la oscuridad, y se acercó a José Castillo y Piña para darle las gracias por haberle llevado, mientras se hallaba con las ansias de la muerte, la blanca visita de Jesús. Había retornado al mundo para contemplar diez años más sus recuerdos, y fué así como Rosario de la Peña, poco a poco entregó a su confidente las joyas de su tesoro casi náufrago: versos y cartas, sonetos y madrigales, toda esa documentación que gracias a Castillo y Piña se ha salvado para que, releyéndola en este libro, podamos reconstruir la vida del hada hechicera que volvía de la muerte. En su largo viaje pudo salvar el álbum en que todos ellos dejaron las rosas que al soplo de la evocación recobran su fragancia y sus colores espléndidos. El piadoso albacea ha guardado fielmente ese tesoro y nos lo entrega en su integridad como un presente que la musa ha querido hacer a los que aún se emocionan leyendo el "Nocturno" de Acuña, así como siguen conmoviéndose al escuchar el de José Asunción Silva en las noches enlucradas de lágrimas.

El álbum de Rosario de la Peña es invernadero que, en el fondo olvidado de un bosque, se abre de par en par, porque ha retornado la primavera. Castillo y Piña supo cuidar las flores de papel y oro apócrifo, la hermosura de las orquídeas dormidas bajo capelos de cristal; y las pone de nuevo a los pies del bello fantasma que sigue asomándose al balcón de madreselvas del romanticismo mexicano.

RAFAEL HELIODORO VALLE,  
*Universidad de México.*

